

Estos son tambien los misterios que nos descubre el lugar del Nacimiento del Salvador.

Conclusion. — No olvidemos estos misterios. Su frecuente meditacion nos hará gustar con frecuencia ese Pan celestial que da vida eterna á los que piadosamente le reciben, transformandolos en Jesu-Cristo y revistendolos de la inmensa dignidad de verdaderos hijos de Dios. No echemos tampoco en olvido los misterios que se hallan encerrados en el tiempo del Nacimiento del Mesias. Estos misterios servirán para descubrirnos mas y mas estas otras verdades, á saber : que Jesu-Cristo vino al mundo para disipar las tinieblas del error é iluminarnos con la luz de la verdad, enriqueciendonos con sus gracias y beneficios, de los cuales el principal consiste precisamente en habernos dejado ese Pan divino que bajó del Cielo en el Portal de Belen. Con tan santos pensamientos lograremos pasar estos dias de júbilo en dulce y santa alegría, haciendonos dignos de recibir los dones del Señor para poder ser un dia admitidos á tomar parte en la celestial Belen de las fiestas de una Navidad sin término. Amen.

TIEMPO DE NAVIDAD.

CUARTO DISCURSO.

Deberes que tenemos que cumplir en el Tiempo de Navidad.

I. Adoracion. — II. Agradecimiento. — III. Amor. — IV. Nacimiento de Jesus en nosotros.

En todo tiempo estamos obligados á amar y servir á Dios, porque Dios es en todo tiempo nuestro Señor y bienhechor. Del mismo modo, sin embargo, en que hay ocasiones en que segun las circunstancias, tenemos deberes especiales que cumplir respecto á nuestros superiores, asi tambien estamos obligados á cumplir especiales deberes en el curso del año para con Dios; deberes que han de cor-

DEBERES QUE TENEMOS QUE CUMPLIR EN TIEMPO DE NAVIDAD. 417

responder á los misterios que se conmemoran y á las gracias especiales de la Divinidad recibidas. Constituian en el Adviento nuestros deberes particulares, el unirnos en un mismo espíritu con los justos de la antigua ley con objeto de inflamar mas y mas nuestros corazones en el deseo de la venida ó advenimiento del Salvador; estábamos obligados en dicho tiempo á vivir retirados y á purificar nuestras almas por medio de la penitencia con el fin de que el Niño Dios naciese espiritualmente en nosotros.

Pero este tiempo ya pasó. Ya no esperamos la venida del Mesias prometido y deseado. En compañía de Maria y de José hemos asistido en Belen á su nacimiento : al propio tiempo que los pastores hemos escuchado de boca de los ángeles el anuncio de su venida prometiendole paz á los hombres de buena voluntad. Diferenciándose pues los misterios del Tiempo de Navidad de los del de Adviento, cambian tambien los deberes que el mismo nos impone. ¿ Que deberes son estos ? Estos deberes pueden reducirse á los cuatro siguientes : Adoracion, agradecimiento, amor, transformarnos en Jesús.

Prestad atencion á los mismos. Si os penetrais bien de ellos, estareis en disposicion de cumplir con los mismos con piedad y fidelidad.

I. *Adoracion.* — El primer deber que á todo ser inteligente se le impone es el de adorar á Dios. Adorar á Dios no es mas que tributar á la divina omnipotencia el homenaje de nuestra dependencia y sumision. Y cuanto mas se remonte el hombre por las regiones de la inteligencia, mejor comprenderá la omnipotencia de Dios y su propia miseria y consiguientemente á esto adorará con mas perfeccion al Soberano Señor y Creador de todas las cosas. He ahí la razon de porqué los ángeles adoran á Dios con mas perfeccion que los hombres y los arcángeles mejor que los ángeles y de este modo en escala ascendente hasta las mas perfectas criaturas.

Si nuestro primer deber es el de adorar á Dios, por cuanto es nuestro Señor y Creador, pareceme que aun estamos mas obligados á adorarle cuando se presenta á nosotros como débil niño reclinado

en humildísima cuna. Su aparente humildad en efecto, nada le quita de su soberano poder y le comunica además una cualidad de la que anteriormente carecía, esto es, de la de Salvador. Por medio de esta consideración queda hasta la evidencia demostrado que si en todo tiempo estamos obligados á adorar á Dios, en el tiempo de Navidad, en que ese mismo Dios se presenta en la tierra para ser nuestro Salvador, aumenta en nosotros la obligación que de adorarle tenemos. Por eso los ángeles que mejor que nosotros comprenden el deber de la adoración en que respecto á Dios nos encontramos, bajan en gran número sobre el Portal de Belén dejando oír por vez primera á los hombres sus cánticos de gloria y alabanza, á pesar de no ser por ellos por quien Dios se ha querido hacer hombre y venir al mundo. ¡Cuan obligados estamos, por tanto, en este tiempo de Navidad á redoblar en lo posible nuestro fervor.

Al hacerse Dios hombre, no se ha humillado sino aparentemente como no hace mucho decía; pero esta aparente humillación ha sido muy real. Desde lo mas elevado de los cielos ha descendido Dios al Portal de Belén. El Señor para quien el universo entero no es sino un insignificante escalon de su grandeza, yace reclinado en un miserable pesebre.

En vez de la gloria eterna que le envuelve cual rica presea hallase vestido con pobres lienzos. Como testigos de su nacimiento, excepción hecha de María y José no ha querido tener mas que dos animales. Ahí tenéis una verdadera humillación. Un Dios parece rebajarse no solo al igual de los hombres aun mas, del último de los hombres: sino que se coloca al mismo nivel del pecador como dice S. Pablo: *Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati*¹. Siendo esto así; ¿no os parece que estamos en el deber de devolver á Dios por medio de nuestra adoración y por medio de todos los esfuerzos posibles é imaginables, esta gloria de la que parece despojarse para venir á salvarnos? ¿no os parece que estamos en el deber de redoblar nuestro fervor y devoción en tiempo de Navidad?

1. Rom. viii, 3.

Sírvanos esta aparente humillación del Dios hecho hombre como de estímulo para avivar nuestra fé y nuestro fervor en vez de ser un pretexto de indiferencia y frialdad, puesto que por nosotros únicamente se ha humillado hasta ese estado en que le vemos. Recordemos que tras su debilidad aparente oculta un poder y majestad ante los cuales nada somos. Contemplemos por último á María y José ocupados en tan santos pensamientos y prosternados ante el pesebre que de cuna le sirve; adoremos al Dios niño en compañía de su Santísima Madre y del Santo Patriarca¹.

II. *Agradecimiento.* — He aquí el segundo de nuestros deberes en tiempo de Navidad. No hay agradecimiento que esté mas justificado; la historia de nuestra redención lo prueba en demasía.

Adán, nuestro primer padre, tuvo la inmensa desdicha de ofender á Dios á pesar de los beneficios que del mismo recibiera. Consecuentemente á esto arrojóle Dios del Paraíso, cerrándole tambien las puertas del cielo, al cual debió ser arrebatado una vez terminada su misión en el mundo, y al propio tiempo que cierra Dios las puertas del cielo abre las del infierno. Toda la descendencia de Adán queda sujeta á tan terrible castigo. Mas al propio tiempo que de este modo castigaba Dios la desobediencia de la criatura prevaricadora, parece tambien como condolido de tener que castigar al hombre, lo que parece parodiar Isaías con estas palabras: *¿Et nunc quid mihi est tui, dicit Dominus, quoniam ablati sunt populus mei gratis?* ¿Y ahora que es lo que me queda á mí, dice el

1. Un hombre que asistía un día á misa sin devoción como hacen tantos otros, no hizo señal alguna ni demostración de respeto al escuchar estas palabras que se dicen al fin de la misa: *El Verbum caro factum est*. En el mismo instante un demonio le dió una terrible bofetada diciéndole: «¡Ingrato! oyes decir que un Dios se ha hecho hombre por tí; ¿y no te dignas inclinarte? ¡Ah! si ese Dios hubiese hecho otro tanto por mí, permanecería yo durante toda la eternidad con el rostro pegado á la tierra en acción de gracias.» (S. Liguorio. *Discurso preparat. á la fiesta de Navidad, 1.^{er} disco.*)

2. Is. lvi, 5.

Señor, puesto que he perdido á mi pueblo en quien tenia puestas mis delicias? *Delicia mea esse cum filiis hominum*? ¿No sois, Señor, infinitamente dichoso gozando en vuestra propia gloria? ¿No tenéis además multitud de angélicos espíritus en el cielo que os guardan fidelidad? ¿Porqué pues, expirémeis así tan gran sentimiento por la pérdida de los hombres? Todo eso es cierto, responde el Señor, segundas palabras que en boca del mismo pone el Cardenal Hugues al explicar el texto de Isaías; todo eso es verdad, pero al perder al hombre, pareceme haber perdido todo y que nada me queda: *Non reputo aliquid me habere*: pues mis delicias eran estar entre los hombres, y he ahí que los he perdido: ¡y he ahí que esos desgraciados se ven condenados á vivir lejos de mí!... No, que no suceda semejante cosa: proporcionaré yo un Redentor que satisfaga por ellos á mi ultrajada justicia y los rescate de la muerte que con sus crímenes merecioron.

Al considerar S. Bernardo este misterio finje un debate entre la justicia ofendida de Dios y su misericordia. — Perdida estoy, dice la Justicia, si Adán no es castigado: *Perit, si Adán non moriatur*. — Perdida estoy yo, dice á su vez la Misericordia, si el hombre no es perdonado: *Perit, nisi misericordiam consequatur*. El Señor termina este debate decidiendo que para salvar al hombre del castigo que merece, perderá la vida un inocente: *Moriatur qui nihil debeat morti*.

¿Quien será esta inocente víctima? No hay ninguna sobre la tierra. En el cielo, ninguno de los ángeles ni de los querubines ni de los serafines responde que él se ofrece. Entonces el Verbo divino elevando la voz dice: *Ecce ego, mitto me*¹. Padre mio, vuestra Majestad, que es infinita, una vez ofendida no puede satisfacerse completamente por un ángel, que no es sino una criatura, y aunque quedaseis satisfecho por la satisfacion que un ángel pudiera proporcionaros, no olvidéis que hasta ahora, á pesar de los beneficios otorgados al hombre y de los castigos y amenazas que se le han

1. Prov. viii, 81. — 2. Cf. Heb. x, 7-9.

hecho no hemos podido aun obtener su amor porque no ha podido todavía apreciar lo mucho que le amamos. Si queremos que nos ame, ahora se presenta la ocasion para hacer el último esfuerzo: á saber: que Yo mismo, vuestro Unigénito, me encargue de rescatar al hombre, bajando á la tierra, tomando un cuerpo humano, y haciendo que mi muerte ofrecida en holocausto á vuestra ofendida justicia la satisfaga por completo y el hombre quede á jamás persuadido de nuestro amor por él. Así habló el Verbo divino. Inútilmente le representa el Eterno Padre los tormentos y trabajos que habia de pasar. El persiste en su resolucion¹.

Decidióse entonces la Encarnacion del Hijo de Dios, cuyo cumplimiento celebramos. ¿No es un deber por tanto el mostrarnos agradecidos en este tiempo?

Si uno de nosotros, por ejemplo, fuese condenado á muerte y un extraño movido á compasion se ofreciese á morir por él, el día aniversario de este hecho, la persona rescatada de la muerte por tan heroico desprendimiento ¿no se acordaria mas que de ordinario de su bienhechor? ¿no espermentaria especialmente en dicho dia mas vivos y tiernos sentimientos de agradecimiento? Pues bien nosotros todos hemos sido rescatados de la muerte y de una muerte eterna, y en este tiempo en que nos hallamos es en el que el Hijo de Dios ha venido á rescatarnos. Entreguemonos por tanto, al agradecimiento, repitamos una y otra vez actos de agradecimiento, y para que este agradecimiento sea mas eficaz, cumplamos tambien con el Señor llevando á cabo, por nuestra parte, en remuneracion de los beneficios que hemos recibido, los actos de generosidad que están á nuestro alcance, tales como el perdon de las ofensas ó de las deudas que con nosotros tengan algunos desgraciados, socorrer á los infelices y consolar á los tristes ó instruir á los ignorantes, tengamos por lo menos la generosidad de combatir y someter á nuestra voluntad y razon nuestras malas pasiones, origen de nuestros pecados, causa por la cual vino el Verbo divino á padecer so-

1. Cf. S. Ligorio, Discurso preparat. á la fiesta de Navidad, disc. 1.

bre la tierra. Renunciando al pecado es el mejor medio de dar á conocer al Hijo de Dios, hecho hombre, nuestro agradecimiento y de este modo se disminuye la deuda que por nosotros tiene que pagar.

III. *Amor*. — Por grande que sea nuestro agradecimiento, no satisfará, sin embargo al Niño nacido en Belén ¿ Le bastaría por ejemplo á un padre ó á una madre que sus hijos les estuviesen únicamente agradecidos de lo que por ellos hacen cada día ? No: los hijos deben á sus padres algo mas que el agradecimiento, los deben amar. También nosotros, respecto á Dios, especialmente en este tiempo de Navidad, debemos amarle á causa de su Hijo.

¿ Porqué debemos amar especialmente en este tiempo al Niño Dios ? Porque precisamente ha venido al mundo para eso, para que le amemos. Bien es verdad que ha venido á salvarnos; ¿ pero porqué ha querido salvarnos ? Pues porque ha querido que le amemos. Tal es su objeto y para conseguirlo no ha tenido reparo en hacerse hombre y morir por nosotros.

Leese en la historia de Alejandro Magno que después de derrotar á Dario y hechoso dueño de la Persia, para conquistarse el aprecio de los pueblos que acaba de vencer, presentóse ante ellos con el traje del país. Parece como que el Señor quiere hacer lo mismo para conquistar nuestro amor: revístese en efecto de nuestra naturaleza, se oculta bajo el cuerpo del hombre: *Habitu inventus ut homo*¹. Lo que Alejandro hizo por pura política, hácelo Dios en realidad de verdad: es decir, Dios no hace únicamente una comedia de fingido amor, sino que ama al hombre verdaderamente. Y lo que hace aumentar el precio y el valor de este amor de Dios, es que Dios viene á buscar al hombre precisamente cuando el hombre huía de El. El Apóstol nos hace notar esta circunstancia con estas palabras: *Nusquam enim angelas apprehendit, sed semen Abraham apprehendit*: cuyas palabras nos explica S. Juan Crisóstomo de este modo: *Nem dixit: suscepit, — sed: Apprehendit — ex metaphora insequentium*

1. Philip. II, 7.

eos, ut fugientes apprehendere voleant. Es decir: El Señor bajó del cielo como para detener al hombre ingrato que de El huía, corriendo tras él y diciendole: ¡ oh hombre ! mira cuanto te amo, he venido expresos á la tierra para buscarte ¿ Porqué huyes de mi ? Detente, ámame, no huyas de mi que tan tiernamente te amo¹.

Aunque el hombre no hubiera recibido de Dios mas beneficio que el de la existencia y los que á este acompañan, ya tendria mas de lo necesario para estar obligado á amar á su Criador y Bienhechor. ¿ Quien ha hecho por nosotros tanto como Dios ? Y sin embargo á cuantos no amamos á causa de los beneficios que nos han dispensado ! Mas cuando pensamos detenidamente que Dios no solo nos colma de beneficios, incesantemente sino que nos ama como acabamos de ver, fácilmente se comprende que seria la mayor de las ingratitudes el no corresponder á tanto amor. El amor no reconoce mas ley que una, se ama para ser uno amado. Pues bien para ser amado por nosotros nos ama Dios. Tal es el pasamiento que expresa Dios con estas palabras. *Cum amat Deus, non aliud vult quam amare*.

No es el amor un sentimiento inerte; preciso es que se de á conocer por medio de obras. Al contemplar al Dios hecho hombre reclinado en un pobre pesebre, que le sirve de cuna, se comprende que nos ama, pues que el amor que por el hombre tiene es la única causa de esta humillacion: tan grande es el amor de Dios para con el hombre que nos entrega á su propio Hijo: *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret*². Pero si Dios ha obrado tales maravillas por el amor que nos tiene ¿ que hemos hecho nosotros, en cambio por Dios ? Se han dado casos en que principes y reyes, abandonando tronos y riquezas, han ido á sepultarse por amor de Dios en un monasterio ó á hacer penitencia en un desierto: vense en los anales de la historia innumerables legiones de mártires correr al martirio por amor de Dios y despreciar la muerte sucum-

1. Cf. S. Ligorio, loc. cit.

2. Joan. III, 16.

biendo entre los mas crueles suplicios y tormentos; se ha visto á multitud de vírgenes renunciar, por amor de Dios á las lícitas satisfacciones y encanto de la familia: se ha contemplado el espectáculo de multitud de cristianos de todas clases y condiciones llevar hasta el heroísmo, por amor de Dios, las virtudes evangélicas.

Pero nosotros, ¿ que hemos hecho por El? ¿ Sobre todo que es lo que hacemos en este tiempo de Navidad que nos recuerda su aparicion sobre la tierra? ¡ Ah! No seamos ciegos. Reconozcamos que en verdad nada hacemos ó que hacemos realmente bien poco. Y partiendo de este principio procuremos tributar al Niño Dios en su humilde cuna pruebas inequívocas de nuestro amor, por medio de nuestros actos de piedad¹.

IV. *Nacimiento de Jesús* — Este cuarto deber á que estamos obligados en el tiempo de Navidad viene como á coronar y perfeccionar, digamoslo así, los otros tres deberes de que acabo de hablarlos. Sin el cumplimiento de los tres primeros, este último deber no podría cumplirse; y sin el cumplimiento de este el de los otros tres no seria suficiente para nuestro perfeccionamiento moral.

¡ Que nazca Jesús en nuestro corazon! He ahí el sublime misterio que la Iglesia se propone llevar á cabo en este santo tiempo de Navidad. Para alcanzar este resultado van dirigidos sus cánticos, ceremonias y oraciones; Mas, que significa esto de nacer Jesús en nuestro corazon? ¿ No nació ya Jesús de Santa Maria Virgen en el Portal de Belen? ¿ Como pues, podrá nacer de nuevo, y como ha de ser para nosotros una obligacion el que en nuestro corazon nazca?

Jesús nació, en efecto, de la Virgen Maria, pero en aquel entonces nació corporal ó materialmente. Por eso la maternidad de la Santísima Virgen constituye una prerogativa única é intransferible. El nacimiento de que ahora tratamos, y que se ha de efectuar en nuestro corazon es un nacimiento puramente espiritual.

Veamos como espone esta materia un Padre de la Iglesia. Al comentar esta respuesta que el Señor dió á la mujer que habia pro-

1. Cf. S. Ligorio, loc. cit.

clamado la bienaventuranza de su Santísima Madre: *Mas dichosos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*, el venerable Beda se espresa de este modo. « Con esta respuesta nos da Jesús á entender que son bienaventurados, no solo Aquella que mereció engendrar materialmente al Verbo de Dios, sino tambien todos aquellos que tratan de concebir espiritualmente ese mismo Verbo por medio de su fé y que por medio de sus buenas obras le harán nacer en su corazon y en el de sus hermanos, alimentandole allí con material solicitud. Si pues la Madre de Dios es justamente llamada bienaventurada, porque ha sido el medio ó instrumento por el cual se ha llevado á cabo el misterio de la Encarnacion del Verbo, ¡ cuanto mas bienaventurada es por haber conservado siempre el amor de Dios!

« No es esta doctrina idéntica, añade un sabio liturgista, que aquella en que el Salvador declara con estas palabras: *Aquel que ejecute la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese será mi hermano, mi hermana y mi madre*¹. ¿ Porqué fué enviado el divino mensajero á Maria, con preferencia á otra doncella cualquiera de Judea, sino porque la Santísima Virgen habia concebido ya de antemano espiritualmente en su purísimo corazon al Verbo divino, á causa de la integridad de su amor, la magnitud de su inmensa humildad, y el incomparable mérito de su inmaculada virginidad? ¿ Cual es tambien la causa del brillo de la santidad con que resplandece la Madre de Dios en la eternidad, sino es que esta divina criatura, bendita entre todas las mujeres, despues de concebir y dar á luz al Hijo de Dios, en el tiempo, le concibe de nuevo y le hace nacer cada dia á causa de su obediencia y fidelidad en cumplir con la voluntad del Padre celestial, á causa de su amor por la luz increada del Verbo divino y por su union mística de Esposa del Espíritu Santo vivificador?

Mas ningun descendiente de Adan está imposibilitado para seguir, siquier sea de lejos, á Maria en la prerogativa de esta espiri-

1. Mateo xii, 50.

tual maternidad, ahora sobre todo, en que esta Santísima Señora, nos ha mostrado el camino con el material nacimiento que festejamos y que para el mundo ha sido como una especie de iniciación en los misterios divinos é inescrutables de Dios. Durante el Adviento hemos debido *preparar el camino del Señor*; ya debemos haberle concebido á El mismo en nuestras almas; ahora es preciso que le hagamos nacer por medio de nuestras buenas obras, para que el Padre celestial no viendonos á nosotros mismos, sino viendo á su divino Hijo en nosotros, pueda decir, á causa de su misericordia, lo que en otra ocasion dijo en realidad de verdad: *He aquí mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis delicias*¹. »

Para procurar mas fácilmente este espiritual nacimiento de Jesús en nosotros, escuchemos atentamente lo que S. Buenaventura nos dice: « Este feliz nacimiento se lleva á cabo, dice el Seráfico Doctor (en una exhortacion sobre la fiesta de Navidad), cuando el alma preparada por una continua y larga meditacion, pasa por fin á la accion; cuando estando sometida la carne al espíritu ejecútase la obra buena; cuando la paz y alegría interiores renacen en nuestra alma. En este nacimiento no hay ni lamentaciones, ni dolores, ni lágrimas; todo es admiracion, gozo y alegría. Pero si este nacimiento te agrada; oh alma devota! piensa en parecerte á Maria. El nombre de Maria significa *amargura*, llora, por tanto, amargamente tus pecados; el nombre de Maria significa tambien *luz brillante*, brilla, pues, por medio de tus virtudes: el nombre de *Maria* significa *Señora*, domina las pasiones de tu carne. Entonces Jesús nacerá en tí sin dolores ni trabajos. Entonces es cuando el alma gusta y conoce cuan dulce y suave es el Señor. Experimenta la dulzura de Jesús cuando por medio de santa meditacion alimenta al divino Niño; cuando le riega con sus lágrimas; cuando lo envuelve en sus castos deseos; cuando le estrecha en sus abrazos de santa ternura, cuando le abraza en lo mas íntimo de su corazón. ¡ Oh dichoso Portal de Belen! En tí encuentro al Rey de la Gloria;

1. Mateo III, 17. — Gueranger, *Tiempo de Navidad*, cap. 3.

pero mucho mas feliz tu, piadoso corazón, que contienees espiritualmente á Aquel que el Portal de Belen no pudo contener sino corporalmente. »

Mas, prosigue Dom Gueranger, para pasar de la concepcion del Verbo á su nacimiento en nuestra alma, en una palabra, para pasar del *Adviento* al *Tiempo de Navidad*, es preciso que tengamos siempre los ojos de nuestro corazón fijos en Aquel que en nosotros desea nacer y en el cual renace nuestra humana naturaleza. Debemos esforzarnos en reproducir sus mismos rasgos en nuestra débil imitacion, tanto mas cuanto que el Apóstol nos dice que *es la imagen de su Hijo* lo que el Padre celestial ha de buscar en nosotros, cuando trate de declararnos capaces de la predestinacion divina¹. Escuchemos, pues, la voz de los ángeles y vamos á Belen. *He aquí la señal, nos dicen, encontrareis á un niño envuelto en unos lienzos y recostado en un pesebre*². Por lo tanto; oh cristianos! preciso es que seamos cual los niños; que nos envolvamos en los lienzos de la niñez: preciso es que bajemos de las alturas para buscar al Salvador qui bajó del cielo y nos ocultemos en la humildad de un pobre pesebre. De este modo principiaremos con Jesús una nueva vida; de este modo la luz que *va siempre creciendo hasta que brilla el día en todo su esplendor*³, nos iluminará sin abandonarnos ya nunca, y principiando por ver á Dios en este naciente esplendor que aun necesita de la fé, mereceremos verle en el esplendor de la Transfiguracion y nos iremos preparando para esta Union que no consiste solamente en la luz, sino en la plenitud y el reposo del amor⁴.

A los cristianos fieles es á los que particularmente se dirigen estas reflexiones. En cuanto á aquellos que están muertos á la vida de la gracia y á los cuales no puede sacar de su mortal letargo ni el Advinimiento del Emmanuel ó Dios con nosotros, ni la general esperanza; esos que no desesperen sin embargo, pero que traten de no

1. Rom. VIII, 29. — 2. Luc. II, 12.

3. Prov. IV, 18. — 4. Gueranger, loc. cit.

endurecerse cada vez mas en el mal. Sepan que con motivo del nacimiento del Hijo de Dios, el Padre Eterno no tiene mas deseo que el de perdonar á todos los que perdon le pidan. Aprovechense, pues, de esta circunstancia que tanto les favorece y que tal vez no vuelva á repetirse para ellos.

« Yo os lo suplico, amados hijos míos, decía á sus diócesanos un Obispo de la edad media, escuchad con atención las palabras que el Señor me inspira para que os las diga, en este día tan propio para llenar de compuncion á los mismos infieles y pecadores, en este día en el que se ve al pecador pedir perdon con lágrimas de arrepentimiento; al cautivo mantener la esperanza de volver á ver de nuevo su patria, al herido no desesperar de su curacion. En este día es cuando nace el Cordero que quita los pecados del mundo, Cristo nuestro Salvador; natividad que constituye y es de por sí el manantial de inexplicable gozo para aquel cuya conciencia permanece en paz; y que despierta el temor de aquel cuyo corazon está enfermo; día verdaderamente suave y dulce en el que se respira perdon para las almas penitentes. Yo os lo prometo, hijos míos, yo os lo digo con toda certeza; aquel que en este día se arrepienta de veras y forme el propósito firme de no pecar mas, recibirá cuanto pidiere. Una condicion sola le será impuesta: y es que tenga una fé exenta de todo género de duda y que renuncie por completo á los vanos placeres. Verdaderamente, hoy en que el pecado del mundo queda destruido ¿ como ha de desesperar el pecador? Hoy que nace el Salvador prometámosle nuestra conversion y cumplamos nuestra promesa, como está escrito: *Venid al Señor vuestro Dios y entregadle vuestro corazon*. Prometámosle con fé y confianza: ya sabrá El proporcionarnos el medio para que cumplamos con nuestro promesa.

Es necesario, sin embargo, comprender que no se trata aquí de ofrecer cosas perecederas y mundanas. Cada uno de nosotros debe ofrecer al Salvador aquello que ese divino Señor vino á rescatar, esto es, el ama. Y si me preguntais, *como he de ofrecer mi alma al Salvador puesto que ya la tiene en su poder?* os contestaré: ofreced

vuestra alma al Salvador por medio de vuestras piadosas costumbres, de vuestros castos pensamientos, de vuestras obras buenas: ofreceréis vuestra alma al Señor apartándoos del mal, volviéndoos hácia el bien, amando á Dios y al prójimo, usando de misericordia, porque nosotros no seriamos sino unos miserables si el Señor no hubiese usado de misericordia; ofreceremos nuestras almas á Jesús perdonando á aquellos que nos han ofendido, porque tambien nosotros hemos ofendido á Dios y nos ha perdonado; ofreceremos nuestras almas al Señor abatiendo nuestro orgullo y soberbia, porque el orgullo y la soberbia fueron la causa de la caída del primer hombre¹. »

Conclusion. — Tales son los deberes que nos obligan en este santo tiempo de Navidad. Adoremos, pues, con mayor fervor que de ordinario al Divino Niño que acaba de nacer, para que nuestras adoraciones sirvan de desagravio á aquellas que deja de recibir; probémosle por nuestras buenas obras nuestro agradecimiento y nuestro amor á causa de los beneficios de que su nacimiento es origen y á causa del amor que nos manifiesta al tomar nuestra humana naturaleza: hagámosle nacer, por último, en nuestra alma: modelando la misma á su imágen y semejanza mas perfecta posible. Si cumplimos fielmente estos deberes, sembraremos tambien, de algun modo al principio de la nueva estacion del año que comienza, los gérmenes de los frutos que mas tarde hemos de recoger con el regocijo de nuestra alma. Preparándonos al propio tiempo á cumplir tambien con los deberes que nos impongan las demás partes del año cristiano ó litúrgico. Después de contemplar é imitar á Jesús Niño, le contemplaremos é imitaremos con facilidad en las demás fases de su vida. De este modo creceremos cual Jesús en edad y en saber delante de Dios y de los hombres², hasta que llegue el momento en que Dios, encontrándonos completamente conformes con el modelo de su Divino Hijo, nos saque de esta miserable vida para colocarnos en el reino eterno de su gloria. Amen.

1. Rhaban, Maur. *Hom. in nat. Salvat.* — 2. Luc. II, 52.